



# HAMBRIENTA

ALISSA BRONTË

zafiro

# Índice

Portada	
Sinopsis	
Portadilla	
Dedicatoria	
Prólogo	
1	
2	
3	
4	
5	
6	
7	
8	
9	
10	
11	
12	
13	
14	
15	
16	
17	
18	
19	
20	
21	
22	
23	

Epílogo  
Agradecimientos  
Biografía  
Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita [Planetadelibros.com](http://Planetadelibros.com) y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

**¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!**

Primeros capítulos

Fragmentos de próximas publicaciones

Clubs de lectura con los autores

Concursos, sorteos y promociones

Participa en presentaciones de libros

---

Comparte tu opinión en la ficha del libro  
y en nuestras redes sociales:



Explora  
bre

Descu-  
Comparte

## Sinopsis

Paula está pasando por un mal momento personal tras la repentina muerte de su madre. Se siente culpable, triste y no logra encontrar consuelo en nada ni en nadie, salvo en los brazos de un desconocido que la visita mientras duerme y la atormenta llevándola al límite para luego dejarla sin aliento e insatisfecha.

Cada noche, los sueños van cobrando mayor realismo, al igual que la sensación de pertenencia, de que hay algo que la conecta de manera inexorable con su amante misterioso. Cuando cree que está a punto de perder la cordura, el hombre que la ronda noche tras noche irrumpe en su vida.

¿Descubrirá Paula qué es lo que la une a él? Y él, ¿la recordará?

# HAMBRIENTA

Alissa Brontë

zafiro 

*A Eugenia Dorado y Vanesa Muñoz, gracias  
por confiar en mí y en mis historias.*

*A Adrián, te quiero*

## Prólogo

Oscuridad, tan sólo eso. Soy incapaz de percibir nada más y de alguna forma me angustia y a la vez me excita. Mis manos sujetas por un suave lazo al cabecero de la cama impiden que pueda acariciarlo; sin embargo, mis piernas están libres de ataduras, para arrojárselo cuando me penetre.

Gimo al sentir sus cálidos dedos fundiéndose lentamente en mi piel, como si desearan derretirse y colarse por los poros de mi sudoroso cuerpo para tocar mi alma y llenarla de pasión.

No puedo oír nada en la habitación, excepto los jadeos que sus caricias arrancan a mi castigado cuerpo. El olor a sexo comienza a inundar el aire, anegándolo con el mismo éxtasis que llena mi ser y me prepara para volver a recibirlo... una vez más.

Nunca me cansaré de sentir su piel contra mi piel.

Sus rudas manos se tornan suaves sobre mi anatomía, tejiendo su magia sobre él, trazando mapas invisibles de placer que sólo él conoce, mientras mis piernas se retuercen de satisfacción y mis dientes dejan marcas blanquecinas en mi lacerado labio inferior, logrando que el sentimiento de gozo sea tan intenso que tengo la acuciante necesidad de dulcificarlo para no estallar en pedazos al ser incapaz de albergar tanto deseo, de reprimir esa clase de pasión que ciega tus sentidos y se entremezcla con el ansia de aplacarlo, de contenerlo para no romperte en miles de

fragmentos al no poder cobijarlo, llegando incluso a hacerme pronunciar palabras que en ninguna otra ocasión diría en voz alta.

Sus manos continúan su paseo a lo largo de mis piernas, que tiemblan a la espera de que sus deliciosos dedos me honren con caricias más íntimas, entre mis muslos, donde mi deseo contenido lo espera: jadeando, gimiendo, humedeciendo mis piernas y las sábanas bajo mi cuerpo, que arde por la emoción de la expectación, de ese placer que sé que llegará para devastar mi alma... Ese sentimiento eléctrico que recorrerá todo mi cuerpo desnudo bajo el peso de mi amante, mientras su miembro enterrado en mí le procura el mismo placer.

La locura de no poder tocarlo o verlo es insoportable, y se acrecienta al oír tan sólo sus leves jadeos y susurros. Mi mente no deja de imaginar las travesuras que él inventará para dar goce a mi hambriento cuerpo. Un cuerpo que, al abandonarlo él, queda marchito, como una flor necesitada de la luz del sol o del agua fresca para alimentarse.

Él es mi perdición, mi anhelo más oculto y, también, mi elección.

Sus dedos no se demoran más y comienzan a acariciar de arriba abajo, muy lentamente, los labios húmedos de mi sexo, dejando que sus yemas se introduzcan despacio entre ellos, ahondando y rozando el nudo inflamado atrapado entre los pliegues, ese punto lleno de pasión y deseo.

Un único roce hace que mi razón quede anulada; siempre lo logra. Llevarme lejos, a otro mundo donde sólo estamos nosotros dos, donde sólo existe este pequeño y efímero momento de puro placer.

Puedo sentir sus caricias más profundas y sensuales y mi cuerpo clama por más; mis piernas se enredan en él, tratan-

do, en un acto desesperado y vano, de retener al intruso entre ellas para siempre.

Y en ese instante, mis manos se aferran a las sábanas mojadas mientras mi boca se tuerce en un gemido contenido junto con el aliento que me falta, esperando que llegue la liberación de toda la pasión... Mis manos arañan el colchón, unas manos que estaban atadas...

Abro los ojos de repente; aún estoy jadeando, sudando, sintiendo sus manos en mi cuerpo, que ahora tiritita, frío y frustrado.

Parpadeo tan sólo para darme cuenta de que no ha sido más que otra mentira de mi mente, otro sueño inconcluso. Otra noche más en la que no podré dormir. Otra decepción más que añadir a la larga lista.

Otra maldita noche... sin él.

## 1

Doy miles de vueltas en la cama, enfadada conmigo misma. La verdad es que, después de casi dos años de larga tortura, debería estar acostumbrada a las eternas noches en vela, pero no es así. Cada vez que ha ocurrido, que en los últimos días ha sido con mayor frecuencia, me he desvelado y, por más que he tratado de no pensar en él, en sus manos, en sus besos o en sus caricias, no he sido capaz de apartarlo de mi mente ni por un segundo.

Parece que, noche tras noche, su presencia se hace más fuerte y persistente; en ocasiones, incluso me da la sensación de percibir su olor, un aroma con un toque picante y dulce al mismo tiempo.

Tal vez debería plantearme seriamente acudir a un psicólogo y explicarle esta maldita obsesión que me roba el sueño y la salud.

Lo único que logra es dejarme cada noche preparada y a punto para llegar al clímax, para calmar un poco el deseo que despierta en mí, y, al final, me deja más desesperada y hambrienta que nunca.

Es extraño que, pese a no verlo nunca con claridad, es como si lo conociese. Sé cosas sobre él, cosas como que su color favorito es el gris o que le gusta que aferre su pelo mientras me hace suya... Son unos sueños poco convencionales y, además, tan reales que me hacen dudar de mi cordura; quizá sí que me estoy volviendo un poco loca.

Los sueños aparecieron algo después de la inesperada y repentina muerte de mi madre, un accidente de tráfico que resultó fatal para ella, pues perdió la vida en el acto; el otro conductor, a pesar de ser el culpable, resultó prácticamente ileso.

Tal vez eso representan mis sueños, la frustración que siento por no poder hacer nada, por tener que dejar de controlarlo todo a favor de la lenta justicia.

Debo concentrarme y echar mano de la poca sensatez que aún resta en mí y pensar que tal vez los sueños sean una representación de mis temores y decepciones. Como decía el gran Freud, todo tiene que ver con el sexo.

A pesar de todo, si me detengo a pensar un momento y trato de encontrar una explicación lógica a este asunto, debo admitir que mi vida personal se ha visto seriamente afectada por el intruso de mis sueños, pues, desde su primera aparición, no he sido capaz de mantener una relación normal con ningún hombre, porque ninguno me hace sentir lo que él, pese a ser un mero producto de mi imaginación, que al parecer se ha esmerado con ahínco a la hora de crearlo.

Mis últimas conquistas no han llegado a durar más de un par de semanas; han sido un fracaso total. Hombres atractivos, con una posición social respetable, perfectamente vestidos y perfumados..., pero, cuando ha llegado la hora de la verdad..., sus besos no me han hecho sentir nada.

Nada.

Absolutamente nada.

Y lo intento, de verdad que intento con desesperación encontrarlo. A él. A ese que logre que mi cuerpo vibre y tiemble de deseo, pero soy incapaz de hallarlo, probablemente porque tan sólo es una fantasía.

Lo busco en cualquier sitio; alzo la mirada con la tímida esperanza de verlo, de dar con él por casualidad en una cafetería, en el súper, cruzando la calle en dirección opuesta... Incluso espero vislumbrar su reflejo en los escaparates que a veces me detengo a mirar, llenos de regalos y adornos navideños, pero parece que sólo existe en mi mente, nada más que allí, encerrado en mis sueños, atrapado en mi inconsciencia, que lo libera cada noche con el sueño.

Y lo peor de todo es que ese producto de mi mente enferma, esa maldita obsesión, está provocando que mi vida real naufrague sin remedio hacia aguas profundas y heladas... como el Titanic.

Lo sé, soy consciente de ello, suena a demencia, pero es lo que siento con mi extraño desconocido; en sueños se vuelve tan real, tan tangible, que todavía parece una chifladura mayor.

Me giro hacia la mesita de noche y veo parpadear la luz rojiza del despertador; son las cuatro y cinco de la madrugada, hasta aquí mi noche de sueño reparador.

Otra noche más sola, triste y vacía.

Me cubro la cabeza con las pesadas mantas y suspiro. ¿Cómo es posible que parezca tan auténtico? No sólo su sombra, sino sus caricias, sus besos... Cada noche viene a torturarme de una manera diferente y sorprendente, y cada noche es más intenso el deseo que despierta en mí.

Nunca veo su rostro. Pese a todo, estoy convencida de que, si lo viese, sabría que es el indicado, podría reconocerlo.

Quizá mi mente se agarra con uñas y dientes a esta mentira para no caer en el abismo de la locura de la que quizá nunca logre salir. No lo sé.

Todo es confuso y a la vez maravilloso. Tantos sentimientos, deseo y pasión como nunca había sentido.

No puedo evitar comprobar los estragos de mi mente en mi cuerpo y, efectivamente, compruebo que las delicadas bragas blancas de encaje están empapadas por mis flujos.

—¡Joder! —maldigo—. No puedo seguir así; voy a enfermar de amor por alguien que no es real —me digo a mí misma.

Debo meterme eso en mi testaruda cabeza, la cual, al parecer, hoy no quiere saber nada del tema y no le interesa oír algunas de las verdades que estoy dispuesta a contarle.

La tibia humedad de mi ropa interior comienza a enfriarse; sin embargo, yo no. Continúo anhelante, al borde del precipicio donde él me ha dejado... tentándome a caer.

Acaricio la tela suave que cubre mi sexo y dejo que mis dedos se deslicen de arriba abajo, rozando mi deseo con suavidad, ayudados por la delicada tela de las braguitas que ocultan lo que en realidad me muero por acariciar.

Cierro los ojos y dejo que las rotundas mantas me arropen, me cobijen y me aíslen de todo lo demás, permitiéndome recuperar el sueño y olvidarme de todo lo que no somos nosotros.

*Nosotros.* Como si en realidad existiese.

Rememoro los momentos previos a mi despertar... Cómo mis manos atadas al cabecero de la cama deseaban tocarlo, darle placer, y cómo sus manos, expertas y libres, regalaban caricias y goce a mi cuerpo.

Continúo rozando suavemente mi sexo y dejo que los dedos se cuelen bajo las braguitas; ahora de nuevo, ante su recuerdo, estoy mojada y jadeando. Imagino que mis manos son las de él y permito que mi cuerpo disfrute con la